

El Baluarte

DRD 6

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7 1/2
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 106

Sevilla—Sábado 10 de Mayo de 1902

AÑO XXVI

¿Qué hay del programa?

Pues ya lo saben ustedes. Del programa no queda más que la información de los periódicos, el debate parlamentario, un gobierno en crisis, un partido disuelto y las perspectivas de las grandes fiestas con que se va a divertir el Madrid oficial y burocrático, en colaboración con los príncipes, magnates y embajadores extranjeros, y dieciséis corridas de toros durante el mes actual, que costarán el dinero a los cándidos que todavía contribuyen al sostenimiento de la caída fiesta nacional, y que sin embargo de representar los astados brutos, muertos a galletazos por los toreros de moda, tan modernistas como las telas que se usan con dibujos gigantes, más de dos mil arrobas de carne, no se abaratará el artículo, y los pobres tendrán que comer garbanzos y otras legumbres, si es que estos simpáticos y clásicos vegetales no se encarecen como la carne, que muy bien pudiera suceder.

Tenemos, pues, un Gobierno en crisis, y por ende al Presidente enfermo, como acontece siempre en circunstancias análogas, y diez días para que el descendiente de los Borbones ciña en sus sienes la corona de los antiguos reyes de Castilla y de Aragón, hoy reducida a una parte de la península ibérica, gracias a la política torpe del rey católico por excelencia, y limitada en sus estrechas fronteras, merced a los aciertos de los gobernantes que han turnado durante la regencia que termina su misión el día 17 del mes actual.

Del famoso programa del Gobierno, hecho en colaboración por los señores Moret y Canalejas, no pasará a las columnas de la *Gaceta* más que el proyecto conocido con el nombre de fiduciario, y el crédito de ochocientas mil pesetas para los festejos, aprobado rápidamente en el Congreso, y que ha pasado por la cámara de los padres graves como un meteoro, que, si no deja estela luminosa, en cambio se hará sentir en los bolsillos de contribuyente.

Arreglado el asunto del Banco, y votado el crédito realmente, las Cortes ya no tienen nada de que ocuparse, y el Parlamento cerrará sus puertas a las discusiones y a los acuerdos, para abrir las de par en par, vestido de fiesta, el día que el jefe del Estado jure la Constitución, y estos ministros de hoy serán los mismos ministros que juren ante el nuevo rey, confirmados por el monarca sus poderes.

Pero el Gobierno podrá prolongar mucho su vida después que vuelvan a sus tierras los indicados extranjeros, y que cesen las músicas, las dulzainas (esto es clarín y trompa) y la algazara? Algunas gentes que la dan de avisados ven ya al señor Canalejas abandonar el Instituto del trabajo porque le consideran fuera del ministerio; otros más prudentes, esperan que aún el Gobierno podrá prolongar su vida hasta unos días después de la estación veraniega, aunque sin votar la ley de asociaciones y sin calmar las justas exigencias de la opinión liberal del país.

Nosotros, en todo esto, y en la manera de desenvolverse la política, no vemos que lo que hemos venido observando, esto es, que se sigue representando la gran comedia de la vida real, y que liberales y conservadores se suben y caen cuando las conveniencias de los unos ó de los otros aconsejan el cambio de personas, aunque en esencia y en procedimientos todo marche al desquiciamiento y a la disolución a que caminamos con marcha rapidísima.

Pero en fin, dicen que este mes de Mayo nos vamos a divertir mucho, y que los monárquicos de todas procedencias más ó menos vaticanistas, ya individualistas ó socialistas, ya conservadores ó liberales, gobernantes u opositores, todos ellos van a gozar de los festejos que les proporcionamos con las ochocientas mil pesetas del crédito concedido al Gobierno con los desembolsos del Ayuntamiento de Madrid, que pagaremos por privilegio especial los habitantes de la villa coronada, y algo más que la pluma no puede estampar.

Estamos en crisis, pero seguimos pagando, y el Gobierno y los elementos oficiales se divierten. Cándido español ¿qué más puedes pedir! Te

ofrecieron reformas y te dan fiestas que tú pagas y ellos disfrutan. Este es el programa.

A. A.

Murmuraciones

El Instituto de Palma de Mallorca ha acordado, por unanimidad, que ningún profesor acuda oficialmente a las fiestas reales que habrán de celebrarse en Madrid si los terremotos que andan sueltos no lo impiden.

El fervor monárquico, por lo que se vislumbra, no anda muy bien en aquella isla.

Y eso que es de ella hijo predilecto el general Weyler, garantía segura, con hipoteca, de las instituciones!

Los Sres. Canalejas y Romanones andan correteando una parte de España colocando primeras piedras para, sobre ellas, levantar nuevos edificios burocráticos, de esos que han de traer a la nación la prosperidad de... pagar catedráticos, que cobran un año entero y trabajan treinta días en el año, cuando no tienen otra cosa que hacer.

Le advierto a ustedes que como aquí todo está podrido, como estaba en Dinamarca, en eso de la enseñanza hay la mar de buscavidas y de los y de indecencias.

Todo lo que no sea darle latitud, longitud, a las iniciativas particulares, es tiempo perdido.

Hágase un programa de enseñanza verdad, un método razonado, y déjese en completa libertad a todo el mundo para que estudie cómo y donde le parezca.

Luego... expúrguese el Profesorado español de la langosta que le arruina con su ignorancia y sus preocupaciones, sin respetar parajada eso de derechos adquiridos. Que valgan, y sirvan como méritos los conocimientos y el saber, y no los años y las camándulas.

Se ha vuelto a reproducir el terremoto de la Martinica, en donde los volcanes han comenzado a dar que sentir.

A más de doscientos mil—hablo por boca de ganso—dicen que asciende el número de víctimas.

Yo creo que eso no será verdad. Doscientos mil muertos me parecen muchos muertos.

Ahora bien; si entre ellos se cuentan también los mosquitos y demás animales útiles é inútiles a la humanidad, entonces lo creo.

—Pero usted sabe lo que es un terremoto? Si señor: un discurso del Marqués de Pickman.

Eso de las fiestas reales va a dar mucho que pensar, según lo que está pasando con los que a la Corte van; porque el que allí se presenta y va vestido algo mal, lo atrapa la policía y lo manda para acá. Provincianos que queráis esas fiestas admirar, si vais allí, revestidos de orgullo y de vanidad, que es la única manera para que os dejen entrar.

Cómo está España en vísperas de la coronación de Alfonso trece:

«Barcelona, la segunda capital de España, la primera hoy por su industria, su trabajo, su riqueza, su espíritu europeo y progresivo ha aplaudido a su ayuntamiento, que se niega enérgicamente a celebrar festejos.

Igual actitud a la de la gran ciudad mediterránea adopta al borde del Océano, San Sebastián, ciudad liberalísima, y que no obstante deber su crecimiento, su vida, a la presencia veraniega de la Corte, antepone a todo el justo sentimiento de austera protesta.

Y en vista de estos dos enormes fracasos, ya no se ha atrevido el gobierno a seguir excitando a otros Ayuntamientos españoles a celebrar con dispendiosos regocijos la fiesta de la jura.

Porque bien sabe, y le consta, que ni Bilbao, la patria del hierro, ni la Coruña, emporio de la Marina, ni Santander, la indomable montañesa, ni Castellón, la ciudad liberal, ni la republicana Valencia, están dispuestas a gastar ni una peseta en festejos por acontecimientos que pueden determinar para España una nueva y más dolorosa ascensión en su calvario.»

Yo no sé qué se le ocurrirá al Padre Mariana que se encargue de escribir la historia de España en el siglo veintiuno.

Pero ¡apuradillo se ha de ver para rodear de gloria y de prestigio al trono de San Fernando!

A menos que eche manos a la caja de los milagros y todo lo arregle con ellos.

Eusebio Blasco se queja amargamente de que en los tranvías madrileños vayan confundidos los viajeros enfermos con los sanos.

Dice que en ninguna ciudad del mundo civilizado ocurre esto.

Si es verdad lo que Blasco dice, necesitará cada tranvía llevar tres dependientes oficiales: conductor, cobrador y médico.

Porque, si no lo llevan, se verán las empresas obligadas a poner letreros en los coches que digan, por ejemplo:

—Coches para tuberculosos.
—Coches para vesánicos.
—Coches para gotosos.
Etcétera, etcétera.

Y éstos irán siempre vacíos. ¡A menos de que los enfermos de los pueblos civilizados sean distintos de los de los pueblos sin civilizar!

¡Cualquiera le hace creer a un tísico andaluz que está tísico!

Alejandro Lerroux ha rebatido, punto por punto, los cargos que le ha hecho el tan celebrado tribunal de honor que lo ha descalificado.

Y al final de su carta, y como argumento más contundente, exclama:

«No soy hombre que se rinde fácilmente a desmayos ni debilidades, como no sean los de la generosidad.

Razón es lo que necesito, que siempre que la tuviere, no han de faltarme ni en el espíritu ni en el corazón medios para defenderla en el terreno que me sea posible y en la forma que fuere menester.

Y si alguna vez me acosaren tanto la iniquidad y la injusticia, que hiciesen disculpable la represalia, tribunales tengo donde plantar la picota de la venganza, y ya que no se ha respetado en esta autopía terrible ni mi vida privada ni el sagrado de mi hogar, yo colgaré en los garfios del poste la honra averiada, privada y pública, de los que me ultrajaron.»

¡Y luego que vengan descalificaciones!...

Ya estoy viendo rodar un montón de basura caballerosa hacia el muladar del desprecio público.

Los estudiantes de Zaragoza han protestado de que sus compañeros de Madrid hayan pedido que se les apruebe de real orden.

Ellos únicamente solicitan que, en caso de conceder alguna gracia, se les exima del pago del cincuenta por ciento de los exámenes.

¿Dispensa de dineros?... Durillo lo veo. Hay necesidad de atender a muchas obligaciones ineludibles.

Pago de hospedajes en la gente real.
Pago de las juergas de la coronación.
Pago de los *Te Deums laudamus*.

Pago de las doscientas cincuenta mil pesetas a la reina madre.
Pago del Nuncio y de su camarilla.
¡Y la mar de pagos!

Pues... ¡si es cobrándolo todo, y, sin embargo, cuando se llega al final, hay que decir:—Trampa adelante!

Más acerca de los tribunales de honor, última novedad de los valientes de oficio:

«Déjemonos de ranciedades. El Código y los tribunales de honor son cosas de otros tiempos. Pudieron ser útiles allá, en sociedades primitivas, cuando apenas si existía otro Código ni otros tribunales. Hoy constituyen un anacronismo. El honor verdadero, el honor humano, se funda en la virtud, no en la opinión. Nadie le da, nadie le quita. Cada cual le gana por sus méritos y le pierde por sus faltas. No depende del juicio de los demás ni está sujeto a los azares de un error. De mí sé decir que nunca, en ningún caso, por ninguna consideración, consentiría en recibir de un tribunal, así fuese formado por todos los caballeros de la Tabla redonda, un diploma de hombre de honor. Ese diploma me lo doy yo mismo. Si nos allanamos alguna vez a someter nuestra honorabilidad al fallo de un tribunal distinto del de la propia conciencia, sea ese Tribunal el gran Jurado de la opinión pública, del que todos somos miembros; ante el que todos somos justiciables, en cuyos prejuicios y errores a todos toca alguna culpa y cuya competencia ninguno puede recusar.»

Lo anterior lo ha dicho D. Alfredo Calderón.

Todo lo contrario lo dicen los caballeros andantes que han salido ahora a la palestra.

¡Excuso decir a quién hay que oír!

CARRASQUILLA.

Aureliano Scholl

Una de las cualidades ó defectos, según se quiera, más característicos del célebre cronista parisiense Aureliano Scholl, recientemente fallecido, era su afición a los duelos, que, según decía, le habían proporcionado sus mejores amigos.

En efecto, sus íntimos habían sido todos adversarios suyos.

Ningún desafío inspiró remordimientos a Scholl, a excepción de uno, en el que su contrario era un joven periodista que le había insultado en un artículo.

El duelo fué difícil de concertar, pues el periodista puso en juego toda clase de recursos para rehuirlo, aunque había recibido una bofetada.

Se efectuó, sin embargo, el lance, y Aureliano Scholl, después de terminado aquél, se negó en el terreno a estrechar la mano de su adversario.

Este se contristó tanto con la negativa, que sintió la necesidad de ir a visitar a Scholl para preguntarle las causas de su ofensiva actitud.

—Son muy sencillas—dijo el interpelado. Siempre me he batido con valientes, y usted, después de haberme insultado, ha hecho cuanto ha podido para evitar el lance.

El joven contestó:

—Es que los demás adversarios de usted eran ricos. Yo, en tanto que se concertaba el duelo, pensaba en lo que me iba a costar, y se me oprimió el corazón al pensar en lo que sería de mi esposa si yo moría.

—¡Ah!—exclamó Scholl—Como ya no recuerdo en qué mejilla abofeteé a usted, justo es que le bese en las dos.

Así lo hizo y convidó a su adversario a almorzar.

Este rasgo presenta a Scholl bajo un punto de vista poco conocido.

Se hablaba tanto de su ingenio como poco de su corazón, y quizá la bondad haya sido la característica de su modo de ser.

Hace treinta años comía frecuentemente en casa de un médico que murió en el año 1875.

El doctor vivía con fastuosidad, pero falleció en la pobreza.

Scholl dijo a la viuda:

—Usted estará acostumbrada a vivir en el cuarto que ocupa, y seguramente le apenaría abandonarlo.

Contestó la dama afirmativamente, y Scholl exclamó:

—Pues bien: quédese usted en él y no se ocupe de pagar el alquiler.

Desde aquél día la señora en cuestión recibió invariablemente, secretamente y con la oportunidad debida, la cantidad a que ascendía aquél.

MAYO

¡Mayo! la tierra se cubre de olorosas flores; palpitaban los prados de placer al sentir las caricias del sol primaveral: se adornan los árboles con el cortinaje de verdura; estalla la naturaleza en un inmenso beso de lujuria y de vida. Cantan los pájaros, susurran los arroyos, saltan risotando las cascadas y cataratas en las peñas. Todo ríe, todo grita, todo canta... Tan sólo gimen los hombres, los condenados al terror, a la tiranía y a la barbarie tradicional.

En el árbol de las ideas se enroscan las hiedras secas del prejuicio y del egoísmo; al estruendo juvenil de la Naturaleza responde el lúgubre rasgar de las descargas y el fragor de la pólvora.

Se cañonea a los obreros que piden libertad, trabajo y vida. La sangre de los humanos mancha las calles con su tinte rojo, como las amapolas tienen las misiones con su púrpura.

¡Oh, Mayo redentor! La Naturaleza te escoge para mostrar a los hombres su alma eternamente joven, eternamente revolucionaria.

Los hombres te eligen para enseñar un corazón eternamente viejo, eternamente egoísta.

RODRIGO SORIANO.

Catástrofe horrorosa

Se conocen nuevos detalles de la catástrofe ocasionada por la erupción de un volcán en la Martinica.

La ciudad de Saint Pierre ha quedado totalmente destruída, pereciendo todos sus habitantes.

Han quedado hechos añicos todos los buques anclados en la rada.

Los tripulantes del vapor *Rasina* se ahogaron todos.

Las comunicaciones se hallan interrumpidas.

Desde Santa Lucía se ven las llamas, que se elevan sobre las sofataras de San Vicente.

Dícese que en Santo Domingo los cráteres de los volcanes dan señales de actividad, oyéndose en las islas septentrionales formidables detonaciones.

La catástrofe de la Martinica se produjo porque el lago formado en las alturas de Martele se ha transformado en lava, desbordándose sobre la ciudad.

El buque de guerra *Suchet* se acercó a la rada cuanto pudo permitiéndole el horrible calor que se sentía, convertida en formidable hoguera, recogiendo a algunos de los pocos habitantes que quedaron vivos.

Se calcula que en la destrucción de Saint Pierre han perecido unas 25,000 personas.

El ministro de Marina de Francia ha recibido el siguiente telegrama del comandante del buque *Suchet*:

«Regreso de Saint Pierre.
La ciudad ha sido destruída por una masa de fuego a las ocho de la mañana.

He podido recoger unos 30 supervivientes. Todos los buques de guerra y de mercancias han sido destruídos.

Marcho a Guadalupe a buscar víveres.»

Los detalles que se reciben de la catástrofe de la Martinica causan gran consternación, aumentando la impaciencia por la falta de noticias concretas.

Los telegramas de Londres producen horror.

En ellos se dice que las noticias recibidas de las antillas inglesas señalan que en todas las islas cercanas se nota que los volcanes están en actividad.

Todos los de Santa Lucía, San Vicente y Santo Domingo amenazan inminente erupción, viéndose desde el cabo de Santa Elena una inmensa columna de fuego a una distancia de cien kilómetros por el lado de San Vicente, y otras hacia las Barbadas y Norte del archipiélago de San Cristóbal.

En toda la Martinica e islas cercanas se oyen frecuentes detonaciones subterráneas.

El cable que pone en comunicación a la Martinica con Santo Domingo, está cortado.

Durante todo el día, los parientes y amigos de los súbditos franceses que residen en la Martinica, han tenido invadido el ministerio de la Guerra, ansiosos de detalles.

El último telegrama recibido dice que en Saint Pierre sigue la erupción del volcán.

Como los cables se hallan cortados por las llamas, es imposible comunicar noticias.

Saint Pierre era una importantísima ciudad comercial que contaba con veintiseis mil habitantes.

De confirmarse las anteriores noticias, el número de víctimas ocurridas en esta catástrofe superará al de la destrucción de Pompeya.

La Martinica, como es sabido, pertenece al grupo de antillas menores, y es colonia francesa.

Tiene 176,000 habitantes y está dividida en dos distritos, el de Fuerte de Francia y que es la capital, y el de San Pedro, la población arrasada por el volcán.

Todo el terreno de la isla es volcánico, y ha sufrido muchos terremotos: los que mayores daños causaron fueron los de 1776, 1779, 1780, 1788, 1813, 1817, 1839 y 1893.

Los recuerdos de una de estas hecatombes inspiraron una obra dramática bastante popular y emocionante.

La ciudad de San Pedro está o estaba situada en una rada de la costa, y era la más comercial de la Martinica.

Hállase edificada en una playa de arena, ante un fondo adentro enteramente abierto y muy expuesto durante la mala estación.

TRANSWAAL

ESPANTOSA ODISEA MACABRA

En los corazones de más fuerte temple, causa profundo horror lo que cuenta un boer escapado de un campo de concentración y llegado tras de largas y terribles zozobras a Europa.

He aquí, *grosso modo*, el relato de esa espantosa odisea:

«En el mes de Noviembre último fui hecho prisionero en Balmoral. Yo formaba parte de una tropa de 300 hombres del comando de Ben-Viljoen; íbamos al socorro de un destacamento de los nuestros que se hallaba en crítica situación a unos 50 kilómetros de nosotros.

Enviado como explorador con otros diez compañeros, camos cerca de Ritzburg sobre una columna inglesa fuerte de 800 hombres.

Para dar a nuestros compañeros lugar de escapar con el rico convoy que conducían, resolvimos resistir a la columna; así lo hicimos, y durante dos horas pudimos detener su marcha,

pero ésta, creyéndonos mucho más numerosos, a juzgar por las muchas bajas que les hicimos, rodearon al *kopje* en que nos hallábamos colocados los diez, estando heridos; comprendimos que la resistencia era un suicidio voluntario e inútil y nos entregamos. Yo tenía un balazo en el pecho, apesar de lo cual tuve que seguir la columna a pie. Cuando fui curado de primera intención, en la ambulancia de Balmoral, me internaron con mis compañeros en un campo de concentración del Cabo, cerca de Mildeburg.

Nunca podré describir, en términos bastantes enérgicos, los sufrimientos que tuve que padecer durante el viaje y el tiempo que estuve en el campo de concentración.

En el departamento del campo en que me colocaron éramos 49 boers, pero a consecuencia de los diarios fallecimientos, el campamento hubiera carecido pronto de habitantes si los recién llegados no lo hubieran alimentado de continuo.

Nuestra situación era de las más lamentables.

Por más que la mayor parte de los reconcentrados estaban heridos ó enfermos, no había ni médicos ni medicamentos. Moríamos de hambre. Se nos daba como única nutrición una poca de carne en la que los gusanos pululaban.

Sin combustible para cocer los detritus que nos daban para no morir de una vez, muchas veces sin agua ni sal. Añadir a esos atroces sufrimientos físicos los morales, puesto que no sabíamos absolutamente nada de lo que pasaba fuera de nuestro campamento, y se tendrá una ligérrima idea de nuestro martirio.

Las torturas morales eran mucho mayores que las materiales. Cada día nos veíamos sucumbir uno tras de otro, sin remisión posible. La esperanza había muerto para nosotros y con una especie de fatalismo esperábamos solamente nuestro turno para morir.

Mi herida estaba cerrada, gracias a mi robustez, pero cada día me veía perecer, mis fuerzas disminuían en tales proporciones, que yo comprendía que, de permanecer así algunos días más, era hombre muerto.

Como soy el único sostén de mi mujer y de mis hijos, me resistí al pensamiento de morir. Decidí emplear todos los medios posibles para escaparme.

La cosa no era fácil; los campamentos de esa ladole están rodeados de una triple hilera de gruesos alambres de acero erizados de largas púas del mismo metal. Además de ese encierro era preciso burlar la vigilancia de los centinelas y las patrullas que circulan continuamente alrededor del campamento.

Varios compañeros, exasperados como yo por el régimen del campo, habían probado de pasar la terrible barrera de noche, pero por la mañana se veían sus cadáveres acribillados de balazos y de bayonetazos, clavados en las púas del encerradero de acero.

Era preciso que yo recurriera a otro medio. Como he dicho, cada día fallecían muchos compañeros. Sus cadáveres se depositaban en un rincón a la entrada del campamento, de donde cada madrugada un café, acompañado de dos soldados ingleses, los arrojaban en una vagoneta para llevarlos a una hoyanca situada a cierta distancia.

A pesar del horror que me causaba la situación, resolví aprovecharme de la circunstancia para evadirme. En fin, el día 15 de Diciembre, un mes después de mi llegada al campo, puse mi proyecto en vía de ejecución, después de haberme desnudado, conservando sólo mi camisa, como se hacía con todos los muertos, me dirigí hacia el depósito de cadáveres y me eche al lado de los que ya se hallaban en el siniestro lugar; había seis aquel día.

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

(Concluirá).

De actualidad

El recibimiento a Canalejas en Manresa hizo zozobrar con vivas a Canalejas y al trabajo.

Rancés pedirá mañana al Gobierno que declare si se propone aprobar a los estudiantes de real orden.

Contestará el gobierno negativamente.

A consecuencia de las heladas, en Francia se han perdido las cosechas.

Antes de comenzar la sesión del Congreso Romero anunció que iba a preguntar sobre una carta circular del Nuncio referente a las Asociaciones religiosas, por entender que la autoridad eclesiástica invadía el poder civil.

El Gobierno tenía interés en que no hubiera sesión y ordenó a la mayoría que no entrara en el salón.

Llorens pidió que se contara el número y sólo había 48.

Levántase la sesión.

Romero, contrariado, marchó al Senado, confirió con Rodríguez y amenazó con que sus amigos pedirían votación nominal en la aprobación de la ley fiduciaria.

Rodríguez confirió con los demás ministros, y convino en que mañana haya sesión en ambas Cámaras.

En el Congreso Romero se ocupará de la circular del Nuncio.

En el Senado se terminará la interpelación del marqués de Estella y se aprobará definitivamente el proyecto fiduciario.

El comercio aplaude el orden de Canalejas declarando festivo sólo el 17, para el efecto de vencimientos de letras.

Niégame que haya concentración política sobre la base de algunos elementos ministeriales.

Indicase a Polavieja para jefe del cuarto militar del rey.

En el Senado leyóse el dictamen sobre ferrocarriles secundarios.

Almodóvar contestará mañana a la interpelación de Romero.

Intervendrá Melquiades a nombre de los republicanos.

Manresa.—En la plaza del Ayuntamiento la multitud prorumpió en aplausos delirantes a Canalejas.

Los republicanos, desde los balcones del casino, secundaron la ovación.

La recepción del Ayuntamiento fue brillantísima.

Hubo discurso de Canalejas elogiando al obrero catalán y al agricultor castellano.

Terminó con vivas a Cataluña y a España.

El alcalde de Barcelona saludó al ministro, protestando, en nombre de los barceloneses cultos, de manifestaciones inmediatas.

Canalejas ofreció un viaje para inaugurar el Instituto Agrícola.

En las otras comisiones tuvo acogimiento afectuoso, ofreciendo atender las quejas de Cataluña en la justa medida.

Colocóse la primera piedra del Hospital y el ministro visitó a los enfermos, socorriéndolos. Después hubo banquete.

En Tarrasa la recepción a Romanones fue cariñosa.

Las calles ostentaban gallardetes y banderas catalanas y españolas.

La colocación de la primera piedra de la industria fue solemne.

Romanones, en elocuente discurso elogió la cultura y laboriosidad de Tarrasa.

Banquete espléndido: discursos.

El discurso de Portuondo en el Senado tuvo carácter político.

Examinó la crisis, declarando que Moret era el único llamado a desarrollar la política democrática, censurándole que abandonara la bandera en manos de Canalejas, que sigue una política funesta.

Mostróse partidario de un gobierno de concentración.

En el Senado Moret contesta a Primo de Rivera diciendo que la pérdida de Cuba estaba prevista.

En aquella época se simultanearon los acontecimientos, siendo imposible arrostroslos.

Dice que el debate obedece al interés del marqués de Estella en molestarle.

Hace suya toda la responsabilidad, a pesar de no corresponderle.

Hace historia de las guerras impugnando los cargos de Estella.

Este rectifica, sosteniendo sus afirmaciones respecto de los asuntos del Ejército.

Añadió que la rendición de Cuba fue prematura é indebida.

Considera incontestados los argumentos de su discurso.

La tempestad

(CUENTO)

I

«La tempestad es la juventud del mundo, dijo Charpe. Cuando respiro el aire violento y la húmeda electricidad; cuando las nubes se lanzan unas sobre las otras, como manadas de mastodontes, pareceme que todo renace y que nuevas fuerzas van a rechazar la creación. Siendo niño, gritaba de alegría cuando estallaba una tormenta y oía zumbir el trueno.

Charpe abrió sus fosas nasales, respiró voluptuosamente y exclamó:

«¡Cosa extraña! Los sucesos prósperos de mi vida han comenzado siempre en medio de una tempestad, sobre todo uno de ellos, que ja-

más olvidaré. ¡Qué tormenta la de aquel día! El hecho ocurrió en el lago Lemán. Estaba yo asomado a la ventana, con el corazón lleno de tristeza. Amaba a mi mujer, sin esperanzas de ser correspondido por ella. Hacía dos años que la había recibido de las moribundas manos de mi tío Carlos. Un tío más joven que yo, dicho sea de paso, y a quien su esposa adoraba con delirio. Mi consorte había obedecido a la voluntad del difunto, pero al terminarse la ceremonia nupcial me manifestó que no me amaba.

Mi mujer era un tipo en extremo original. Detestaba el trato de las gentes, y los meses que pasábamos en la ciudad constituían para ella un suplicio. En el campo se volvía loca por los caballos, por los lagos y por las montañas. Cabaigaba durante los días enteros, nadaba como una sirena ó surcaba el agua en una canoa a la vela, que manejava a la perfección.

Y yo, triste y apesadumbrado, velaba desde lejos por Luciana, sin esperanza de que olvidase jamás al hombre a quien tanto había amado.

II

Mientras recordaba yo estas cosas, encapotóse el cielo y el aire adquirió una transparencia extraordinaria. Nunca me pareció tan vasto el paisaje.

Un nimbo surgió de Poniente, adelantándose escoltado por otras nubes que se precipitaron en impetuoso desorden sobre la ribera francesa del Lemán.

A los pocos minutos parecía el lago tan ancho é inmenso como un mar.

Comenzó de pronto a llover a torrentes y el huracán adquirió formidables proporciones, arrastrando consigo hierbas, arbustos, hojas y techumbres.

De repente tuve el presentimiento de que Luciana debía de estar en el lago. Mi corazón palpó como la tempestad, borrando en mí toda idea que no fuera la de correr en su auxilio.

Con vertiginosa rapidez bajé a la cuadra, monté un caballo en pelo y me dirigí presuroso al lago.

III

No conservo recuerdo alguno de mi recorrido por la costa. Pero me basta cerrar los ojos para ver nuevamente con toda claridad una barca lejana, agitada por las olas y próxima a naufragar a cada resoplido de la tempestad.

No me cabía la menor duda. Aquella embarcación era la de Luciana.

Apenas perdí dos segundos en contemplar la escena. No podía disponer más que de un miserable bote atracado a la ribera. No había por allí ningún hombre ni ningún otro medio que pudiera favorecer mis propósitos.

Hice, por tanto, lo único que me era dado hacer, a menos de abandonar a mi esposa. Desaté el bote y me lancé al lago. Con la fuerza de un gigante, luché contra el viento y contra las olas. La lluvia y la espuma me herían el rostro y me impedía el paso el formidable empuje de las aguas, que con gran dificultad cortaban mis débiles remos.

Sin embargo, seguí yo avanzando y ganando terreno hacia la comprometida embarcación. A los pocos momentos distinguí una silueta femenina y lancé un espantoso grito.

Era aquel el instante decisivo. La tempestad acumuló sus energías, alzóse la barca sobre una ola amarillenta, descendió rápidamente y zozobró entre la espuma. Vi a Luciana saltar al lago y desaparecer rápidamente.

IV

Me detuve y me puse a contemplar con terror la superficie del lago. Pero la lluvia me cegaba y en medio de aquellos remolinos, ¿cómo distinguir una cabeza humana?

Poseído de un vértigo indescriptible, me arranqué la ropa que llevaba puesta y me arrojé al lago, no con la esperanza de salvar a Luciana, sino con la voluntad de morir de la misma suerte que ella. Me zambullí en el agua, llamé con todas mis fuerzas a la mujer adorada y no tardé en adquirir el convencimiento de que Luciana había perecido.

Es de advertir que pocos hombres nadan tan bien como yo, y por tanto, nada tiene de extraño que me hallara en el lago como si estuviera en un estanque.

V

Creyendo que no volvería a ver en mi vida a mi infeliz mujer, me abandoné a la desesperación, cuando de pronto oí un sollozo a mi lado. Me eché a llorar en medio de la tempestad, y entonces operóse un prodigio. Algo suave y vivo estrechaba mis hombros. Vi junto a mí una cabellera flotante y dos ojos que me miraban con deliciosa ternura; y mientras rasgaba el espacio un inmenso relámpago, mis besos obtuvieron por vez primera el beso de amor de Luciana.

J. H. ROSNY.